

CAPITULO XXII.

REVOLUCION DE 1688 EN INGLATERRA : SEGUNDA
Y TERCERA COALICION CONTRA FRANCIA : PAZ
DE RYSWICK (1697) Y DE UTRECH (1715).

Cárlos II y Jacobo II (1660-1688). — Guerra de la liga de Augsburgo
(1688-1697).

Cárlos II y Jacobo II (1660-1688).

La contestacion de las potencias protestantes á la revocacion del edicto de Nantes fué la revolucion de Inglaterra, que precipitó del trono al católico Jacobo II y dió la corona al calvinista Guillermo III.

Luis sabia muy bien que no debia temer nada de la enemistad de la Europa en tanto que conservara la alianza de los ingleses; y, con efecto, en esto residia el secreto de su fuerza, pues, llegado el caso, no tenia que dividirla entre el Océano y el continente. Así fué que empleó todos los medios posibles para granjearse la amistad de Cárlos II, hijo de Cárlos I, decapitado en Lóndres en 1649, y que despues de la muerte de Cromwell llamaron al trono sin imponerle condicion ninguna (1660).

En un principio se creyó que aquel rey frívolo y licencioso traia alguna experiencia del destierro. Merced á los consejos de su canciller Clarendon, pareció que si queria consolidar la preponderancia de la corona era dejando tambien al Parlamento sus antiguos privilegios, así como se mantuvo fiel al protestantismo de la Iglesia anglicana, sin inclinarse ni á los católicos ni á los presbiterianos. Es

cierto que en 1662 vendió á Luis XIV Dunkerque y Mardick, preciosas conquistas que habia hecho Cromwell; pero supo reparar su falta uniéndose en 1668 á la Suecia y á la Holanda para atajar los progresos de Francia en los Países Bajos. Ahora bien, en la segunda parte de su reinado cambió de táctica, buscó á los católicos para que le ayudasen á fundar su poder absoluto, y solicitando el apoyo de Luis XIV, que procuraba en el continente el triunfo del catolicismo y el absolutismo, no vaciló en venderle la honra y los intereses de Inglaterra. Luis le pagó hasta su muerte una pension de 2 millones, y á fin de tenerle siempre á su discrecion, los embajadores de Francia fomentaban con sus subsidios la oposicion del Parlamento contra los Estuardos. El plan era maquiavélico; pero á la verdad, todo hacia falta para neutralizar la mala voluntad de los protestantes ingleses. Luis arrastró tambien en su guerra contra la Holanda á Cárlos II, que su pueblo siguió un instante con la esperanza de que heredaria el comercio bátao.

Sin embargo, Inglaterra acabó por indignarse con aquellos tratos que amenazaban á su religion y á sus libertades. La oposicion, débil en un principio, fué creciendo, y los antiguos amigos de Luis hicieron mas de lo que él deseaba. En 1674, los *whigs*, esto es, los que defendian contra los *torys* la Iglesia anglicana y las prerogativas parlamentarias, fueron ya bastante fuertes para obligar á Cárlos II á que concluyese la paz con la Holanda, sin poder obtener aun una declaracion de guerra contra Luis XIV. El año anterior le habian hecho tambien que sancionara el bill del *test*, (prueba) en cuya virtud todo funcionario debia prestar juramento de que no creia en la transubstanciacion, con lo cual se cerraba la entrada de todo cargo público á los católicos. En 1678 les excluyeron de las Cámaras de los comunes y de los lores, exclusion que ha subsistido hasta 1829. En aquel mismo año un intrigante de baja esfera, llamado Tito Oates, imaginó la famosa *conspiracion papista* que produjo un terror universal: se llegó á creer entonces que el gran incendio de Lóndres (1666) habia sido obra de los papistas y que iba á repetirse, persuadido como estaba el

pueblo de que el papa se proponia conquistar la Inglaterra. De ridícula pasó á ser cruel aquella credulidad. Ahorcaron á ocho jesuitas, y el venerable vizconde Strafford, condenado á la pena de los traidores á los setenta años de edad, debió á las instancias del rey una conmutacion de suplicio, siendo decapitado en vez de ser ahorcado y descuartizado. El duque de York, hermano de Carlos II y su heredero, abjuró el protestantismo, y los Comunes quisieron privarle de sus derechos por medio de un bill.

Vencido el rey en la cuestion religiosa, lo fué tambien en la cuestion política. La Inglaterra se dispuso á abrazar la causa de la Holanda, y para impedirlo firmó Luis XIV la paz de Nimega.

Carlos disolvió aquel Parlamento tan hostil, y los electores nombraron otro mas animado aun contra la córte. Uno de sus primeros actos fué la votacion del bill de *habeas corpus* (1679), ley que constituye una de las principales conquistas de los ingleses sobre el despotismo, y se encontraba ya en la Carta Magna, aunque siempre la habian burlado los hombres de ley y las opresoras medidas del gobierno. Ahora bien, con arreglo al bill de 1679 ningun juez puede negar á un preso, sea quien fuere, en las veinte y cuatro primeras horas de su prision, la órden de *habeas corpus*, que obliga al carcelero á presentarle ante el tribunal designado en la órden, el cual examina el motivo de su arresto, y si le pone en libertad, no puede ser encerrado por la misma causa. Además los jueces tienen que aceptar en muchos casos la fianza de los acusados, y quedó abolido el uso de enviarles fuera del reino para sustraerlos á la jurisdiccion ordinaria ¹.

Inglaterra hacia, pues, su revolucion interior por medios pacíficos, con sus leyes, cuando un partido violento vino á

1. Sin embargo, como en Inglaterra nada es absoluto, y por otra parte se respetan los precedentes, siempre se encuentran leyes del gobierno contra las leyes de la libertad, y ha podido suspenderse el bill de *habeas corpus* en los momentos de crisis. Seis veces lo ha estado en un siglo, y el Parlamento ha otorgado en repetidas ocasiones á la corona la facultad de prender á los sospechosos y de disolver las asociaciones.

comprometerlo todo con un asesinato y una guerra civil. Levantáronse los puritanos en Escocia y principiaron por asesinar al primado arzobispo de San Andrés (1680). El duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II, los desbarató en el puente de Bothwell y hubo ejecuciones atroces despues del triunfo.

Otra tentativa culpable, que fué la conjuracion de Rye-House, produjo nuevos suplicios que parecieron inmerecidos y causaron honda sensacion en Inglaterra. Dos hombres que honraban sobremanera al partido whig, el republicano Algernon Sidney y William Russel, de una de las mas ilustres casas de Inglaterra, perecieron en el patíbulo (1683). Consternada la oposicion se calló, y á la muerte de Carlos II proclamaron al duque de York, de cincuenta y dos años de edad, no obstanté el bill de los Comunes que le habia excluido de la corona (1685).

Imbuido como todos los Estuardos de las ideas del poder absoluto, Jacobo II estrechó mas la alianza que su hermano habia formado con Luis XIV. Dos cosas que aborrecian los ingleses quiso hacer: restablecer el catolicismo y suprimir las libertades públicas. Su hermano tambien lo intentó, pero sordamente; en tanto que él declaró su doble propósito, pues era mas tenaz que hábil, y se forjaba ilusiones con la aparente resignacion de la Inglaterra despues de la muerte de Sidney y de Russel. Prorogó indefinidamente á los Comunes, gobernó solo y quiso chocar con los mas vivos sentimientos del pueblo, haciendo alarde de ir á misa con la pompa que llevaba en Versalles Luis XIV. Creyendo los desterrados que el gobierno de Jacobo II era ya bastante aborrecido para que no cayera al primer golpe, se pusieron en movimiento: Argyle desembarcó en Escocia y Monmouth en Inglaterra; pero murieron ambos, el primero sin haber podido combatir y el segundo en la sangrienta jornada de Sedgemoor, cerca de Bridgewater (1685). En conmemoracion de su doble victoria, mandó Jacobo II acuñar dos medallas, en las que se veian por un lado dos cabezas separadas del cuerpo, y por el otro dos troncos sin cabeza. ¡Y sin embargo una de aquellas víctimas era su

sebrino! Hubo ministros dignos de tal rey, y dos de ellos son célebres por lo execrados, el coroneel Kirke y Jeffries. Este último escribió al ministro Sunderland : « Hoy he comenzado mi tarea con los rebeldes y he despachado á 98. » Mandaba vender como esclavos en las colonias á los que no ahorcaba. Jacobo recompensó á aquel monstruo haciéndole gran canciller de Inglaterra.

Una parte de la aristocracia y el clero inglés habrían perdonado á los Estuardos su despotismo, pues entrambas clases recordaban lo que habian padecido en la revolucion de 1648; pero no podian tolerar las tendencias ostensiblemente católicas de Jacobo II. El restablecimiento del culto romano equivalia á la ruina del clero inglés, tan magníficamente dotado por la reforma, así como la aristocracia tambien temia perder los inmensos bienes que habia adquirido con la supresion de los conventos, sin contar con que muchos de sus miembros querian sinceramente la práctica del gobierno constitucional, favorable á su influencia, no menos que á los grandes intereses del pais.

Se habria necesitado un rey muy hábil para luchar victoriosamente en tal situacion, y Jacobo II, que en su juventud se habia distinguido mucho como almirante, parecia haber perdido sus buenas prendas; era un hombre débil y tenaz como un mulo, segun decia su hermano, y se encaminaba á sus fines con tal ceguedad, que, á juicio de un cardenal, « habia que excomulgarle, porque de no hacerlo, acabaria con el poco catolicismo que quedaba en Inglaterra. » Con efecto, en un pais protestante¹ se rodeaba de frailes, daba asiento en el consejo al jesuita Peters, dispensaba á los católicos del juramento del *test*, provocaba manifestaciones en su favor con la fórmula del absolutismo *a Deo rex, a rege lex*, y enviaba á Italia una embajada solemne para reconciliar á la Inglaterra con la Iglesia romana. Cuando reclamaban sobre esto los obispos anglicanos, les ponía en la cárcel. El arzobispo de Cantorbery, primado

1. Sir William Temple decia á Carlos II que los católicos no formaban en Inglaterra la centésima parte de la poblacion. Véanse sus *Meormias*.

del reino fué encerrado en la Torre con seis de sus sufragáneos.

La revolucion era inevitable¹. Hacia ya largo tiempo que Guillermo de Orange estaba unido con los jefes del partido whig. Yerno de Jacobo II, era su heredero mas próximo y podía esperar; pero el rey habia vuelto á casarse con una princesa italiana y católica, y de su matrimonio tuvo un hijo (1688) que absorbía los derechos de la mujer de Guillermo de Orange. En vista de tal cambio, no vacila el príncipe, acepta los ofrecimientos de la aristocracia inglesa y se prepara á derrocar á su suegro con las fuerzas de la Holanda. En vano Luis XIV advierte á Jacobo II los peligros que le amagan y le ofrece un auxilio que rehusa con altanería. Luis comete tambien una grave falta: puesto que la causa de Jacobo era la suya, en razon á que se trataba del poder absoluto de los reyes, habria debido auxiliarse hasta contra su voluntad, y lo hizo, pero mal y á medias: envió un ejército al Rin, lo que levantó la Alemania, en vez de enviarlo al Mosa, lo que habria intimidado á las Provincias Unidas y quizás tambien habria detenido á Guillermo. Los fondos subieron un 10 por 100 en Holanda, y Guillermo se puso en camino.

Llevaba en su escuadra 15,000 hombres, y en sus banderas el mote: *Pro religione et libertate*. Antes de emprender la marcha publicó un manifiesto declarando « que, llamado por los señores y los Comunes de Inglaterra, accedia á sus ruegos, porque como heredero de la corona se interesaba en la conservacion de las leyes y de la religion del pais. » No halló resistencia ninguna, todo el mundo

1. « ... Puritanos ó anglicanos, republicanos ó monárquicos, todos se unieron contra el enemigo comun, y de esta union salió radiante y llena de porvenir la célebre revolucion de 1688. Muchas lágrimas se derramaron y mucha sangre, y se necesitó muchísimo tiempo para alcanzar el resultado, pues habian transcurrido veinte y ocho años desde los sucesos de la Restauracion (*Obras de Napoleon III*, t. I, p. 449). « La historia de Inglaterra dice altamente á los reyes: Marchad á la cabeza de las ideas de vuestro siglo si queréis que ellas os sigan y os sostengan; pues si marchais detrás os arrastrarán, y si marchais contra ellas, vuestra caida es segura. (*Id.*, p. 342.)

abandonaba á Jacobo, su primer ministro Sunderland, su privado Marlborough y hasta su segunda hija Ana de Dinamarca, y él huyó disfrazado. Salió entonces á las calles de Lóndres una larga procesion de gente armada con palos, sables y lanzas, en cuya punta llevaba cada cual una naranja, en tanto que en todas las cabezas ondeaban cintas de color anaranjado, que era ya el del partido protestante. Muy luego resuena el terrible grito de: *No popery!* Todas las capillas católicas y aun algunas casas fueron demolidas, hicieron montones con bancos, sillas, confesonarios y breviarios y los quemaron; pero no dieron muerte á ningun católico, ni aun á Jeffries.

Entretanto, cuando la nave que llevaba á Jacobo iba á darse á la vela, entraron á bordo 60 marineros que buscaban sacerdotes católicos, y maltrataron al rey porque le creyeron un jesuita disfrazado; algunos nobles del condado de Kent le reconocieron y lograron su libertad, que aprovechó para volver á Lóndres (16 de diciembre). Al otro día llegaban los soldados holandeses, y era preciso dejar para siempre la Inglaterra. Guillermo se negó á toda entrevista, y los lores, reunidos en asamblea extraordinaria, le notificaron que se trasladase á Rochester, con una escolta de tropas que le dió Guillermo y que permitió su evasión. Jacobo se refugió en Francia, donde recibió la magnífica hospitalidad de Luis XIV (1688).

El Parlamento declaró el tronó vacante y otorgó la corona al príncipe de Orange y á su esposa la princesa María, y despues de estos á la princesa Ana, excluyendo para siempre á los demás descendientes de Jacobo II. El estatuder de Holanda era rey. Sin embargo, antes de ocupar el tronó debió firmar Guillermo III la famosa *declaracion de los derechos* (febrero de 1689).

La nueva carta que suplía con el consentimiento el derecho divino, resumía las libertades y garantías que los ingleses reclamaban hacia siglos, como la convocacion periódica del Parlamento, la votacion de las contribuciones, el poder de legislar repartido entre el rey y las Cámaras, el jurado, el derecho de peticion, etc., y ella fundó en In-

glaterra el gobierno *constitucional ó parlamentario*, con las contemporizaciones y cordura práctica que han asegurado su duracion ¹.

Surgia, pues, en la sociedad moderna un nuevo derecho, el de los pueblos, frente al derecho absoluto de los reyes que la regía hacia dos siglos y que habia encontrado su mas gloriosa personificacion en Luis XIV. No es de extra-

1. La revolucion tuvo en Locke su gran teórico. Nacido en 1632 y muerto en 1704, Locke recibió el sobrenombre de Sabio que mereció tanto por su talento como por la moderacion de sus opiniones y la dignidad de su vida. Sin embargo, fué muy perseguido por Jacobo II, tuvo que pasar ocho años en Holanda y no volvió á Inglaterra sino con Guillermo. No es del caso hablar aquí de la mas conocida de sus obras, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* que le elevó á la altura de los filósofos mas eminentes, sino de otra produccion suya intitulada *Ensayo sobre el verdadero origen, los límites y el objeto del gobierno*, que se publicó en 1690. La fecha indica que se debe hallar en ella, no un estudio desinteresado de derecho público, sino una apología de la revolucion de 1688. Así lo entendió Guillermo III, que dió á Locke un empleo lucrativo con el sueldo de 200 libras esterlinas anuales, suma considerable á la sazón y mas para un filósofo. El autor destruye en su libro la doctrina del derecho divino de los reyes que defendian los Estuardos llamando usurpador á Guillermo III, y demuestra que la tal doctrina carece de bases en la naturaleza y en la historia. Dice que «la monarquía absoluta que algunos consideran como el único gobierno que debe haber en el mundo, es incompatible con la sociedad civil y no puede adoptarse como forma de gobierno.» A su juicio, la condicion esencial de todo gobierno, sea cual fuere su nombre, democracia, oligarquía ó monarquía, es la libertad; y la libertad «en la sociedad civil consiste en que no haya mas poder legislativo que el que consiente la nacion, ni otro imperio que el que la misma reconoce.» Así sienta Locke el dogma de la soberanía nacional: «La nacion puede establecer el gobierno que quiera.» Mas estos gobiernos no están conformes con la razon sino bajo dos condiciones, la primera, que el poder de hacer las leyes que obligan á la nacion y por lo tanto al jefe del Estado en una monarquía, se halle separado siempre del poder ejecutivo; y la segunda, que nadie pague el impuesto sin su consentimiento dado personalmente ó por sus representantes. Decia tambien el gran filósofo inglés: «La igualdad es el derecho igual que todos tenemos á la libertad y en cuya virtud nadie está sujeto á la voluntad ni á la autoridad de otro hombre.» Locke fué en política el precursor de J. J. Rousseau. La necesidad del consentimiento común reconocida como base de toda sociedad política, no es otra cosa que el principio del sufragio universal.

Despues de haber sentado las condiciones de legitimidad de los go-

ñar que se declarase una lucha encarnizada entre Francia é Inglaterra, dominadas por intereses tan contrarios, por derechos políticos tan diferentes. Además, si la Francia del siglo xvi abrazó la defensa del protestantismo y de las libertades generales en Europa, la del siglo siguiente amenazó la conciencia de los pueblos y la independenciam de los Estados. El papel que Francia abandonó hubo de pasar á Inglaterra, que vino á ser centro de todas las coaliciones contra la casa de Borbon, como Francia lo habia sido de las resistencias á la casa de Austria.

Guerras de la liga de Augsburgo (1688-1697) y de la sucesion de España (1701-1713).

Aquel cambio político trastornaba todas las condiciones de la guerra. Mientras Luis habia neutralizado á la Inglaterra con las pensiones que pasaba á sus reyes, nada tenia que temer Francia en el continente, pues apoyada en los Pirineos, los Alpes y el mar, daba la cara al Rin y podia combatir con las dos manos sin temores á su espalda; pero una vez unida Inglaterra á sus enemigos, necesitaba á un tiempo ejércitos en el Escalda, el Rin y los Alpes, y naves en el Océano y en los mares remotos, doble esfuerzo que vino á hacerse imposible.

Guillermo de Orange era el alma de la coalicion, y derrocarle equivalia á concluir la guerra de un golpe. Luis XIV

biernos, Locke declara con toda precision el fin que deben proponerse. « El soberano debe gobernar segun las leyes establecidas y conocidas de todos, valiéndose de jueces justos y desinteresados y no empleando nunca su fuerza en la nacion mas que para ejecutar las leyes, y en el extranjero para defender los intereses nacionales. » Y reconoce que si el juez elegido hace un mal uso del poder que le han delegado, puede ser reemplazado por otro. Añadiremos que en materia religiosa Locke defendió siempre la tolerancia. Su política se inspiró en las antiguas doctrinas de su país y principalmente en la tesis de sir John Fortescue, canciller de Inglaterra en tiempo de Enrique VI, quien en su célebre tratado *De laudibus legum Angliæ*, escrito para la enseñanza del príncipe de Gales, sostuvo (c. xiii) que los gobiernos han sido instituidos por los pueblos y no existen sino en beneficio de los mismos.

confió una escuadra á Jacobo II, que le llevó á Irlanda á pesar de los ingleses y los holandeses, derrotados por Chateau-Renaud en la bahía de Bantry, y por Tourville en las costas de Sussex. Diez y seis naves enemigas fueron echadas á pique ó incendiadas en la última accion, y las restantes se refugiaron en la embocadura del Támesis ó entre los bancos de Holanda (10 de julio de 1690), con lo cual Luis XIV dominó algun tiempo en el Océano. Sin embargo, Jacobo II no supo secundarle, y perdió la batalla de Boyne (11 de julio de 1690), á cuya derrota contribuyeron principalmente un regimiento de calvinistas fugitivos y el mariscal de Schomberg. Jacobo regresó á Francia.

Entonces preparó Luis XIV una invasion, para la cual reunió 20,000 hombres entre Cherburgo y la Hougue, y mandó disponer en Brest 300 buques de transporte que debia escoltar Tourville con 44 naves que mandaba y 30 mas procedentes de Tolon. Empero el viento cambió y la escuadra del Mediterráneo no pudo llegar oportunamente. Luis XIV, acostumbrado al triunfo y contando con la defeccion de una parte de los capitanes enemigos, ordenó á su almirante que fuera á encontrar á los ingleses y los holandeses, los cuales contaban con 99 velas. No hubo defeccion, y aunque Tourville luchó diez horas sin flaquear, como no podia hacer lo mismo el dia siguiente, tomó el partido de retirarse. Desgraciadamente la costa contigua carecia de abrigo: 15 navíos refugiados en Cherburgo y en la Hougue fueron incendiados por sus mismos capitanes, que no quisieron verlos en poder del enemigo (1692), y si el desastre no acabó con la marina francesa, de todos modos fué preciso renunciar á la expedicion proyectada.

En el año 1688, en el mismo instante en que preparaba Guillermo su expedicion, los franceses habian llegado al Rin y tomaban las plazas de Filippburgo, Manheim y Worms; el año siguiente incendiaron el Palatinado, y 100,000 habitantes, expulsados de su país por los incendios, fueron á pedir venganza á Alemania. El mismo rey censuró tan horribles ejecuciones, y dícese que su descontento, preludio de una desgracia, causó la muerte de Lou-

vois (1691). Entonces se extendió la guerra desde los Alpes hasta el mar del Norte; pero en el Rin no fué mas que defensiva, en razon á que Luis prefirió asestar los golpes mas fuertes sobre sus enemigos mas débiles, que eran el duque de Saboya y la España: las grandes calamidades de la guerra cayeron sobre los Países Bajos.

Luxemburgo, discípulo de Condé, desbarató á los aliados en Fleurus (1690), en Steinkerque (1693) y en Neerwinden (1693), y les quitó las plazas de Mons y Namur. La toma de Charleroi fué su último triunfo, pues murió en 1695. Guillermo tuvo mas fortuna con su sucesor Villeroi, que le permitió volver á Namur (1695); pero antes Catinat, vencedor en Staffarde (1690), habia invadido el Piamonte y asegurado la mayor parte de su conquista con la nueva victoria de Marsaille (1693), en tanto que por mar vengaba Tourville la derrota de la Hougue con la victoria de Lagos, y Nesmond, Pointis, Duguay-Trouin, Juan Bart y una porcion de arrojados corsarios, arruinaban el comercio de Inglaterra y Holanda.

La guerra se prolongaba en todas partes y Francia agotaba sus recursos en una lucha desigual. « La mitad del reino vive de las limosnas de la otra mitad, » decia Vauban. Carlos II estaba á la muerte y se iba á empeñar la cuestion de la sucesion en España. Europa necesitaba un instante de reposo para prepararse al gran suceso que podia producir una guerra considerable.

Luis XIV siguió la misma táctica que en 1677: dividió á sus enemigos. El duque de Saboya consintió en tratar y le devolvieron sus Estados hasta Piñerol y casaron á su hija con el duque de Borgoña, nieto del rey de Francia (1696). La defeccion de la Saboya determinó á los aliados á aceptar los ofrecimientos de la Francia, y se firmó la paz en el congreso de Ryswyk (1697). Luis XIV reconoció á Guillermo III, restituyó al imperio todo lo que los tribunales de reunion habian adjudicado á la Francia, excepto Estrasburgo, Landau, Sarrelouis y Longwy; el duque de Lorena volvió á entrar en posesion de su ducado, y por último, los holandeses pudieron dar guarnicion en ciertas

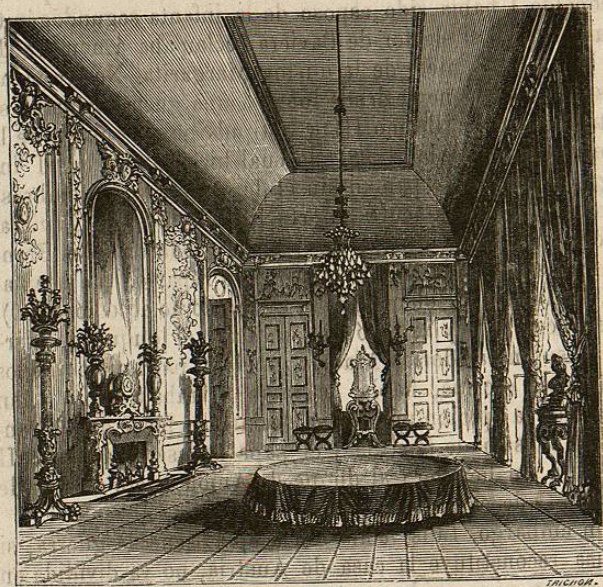
plazas de Flandes y obtuvieron que se anularan las disposiciones de Colbert contra su comercio.

A punto de extinguirse con Carlos II la rama primogénita de la casa de Austria, surgió la cuestion de saber á quién pertenecería la España con sus inmensos dominios. Tres potencias se disputaban la herencia: Francia, Austria y Baviera. Luis XIV invocaba los derechos de su mujer María Teresa, primogénita entre la descendencia de Felipe IV; Leopoldo I habia sido esposo de la infanta segundogénita Margarita, y el elector de Baviera reclamaba á nombre de su hijo menor, nieto de la misma Margarita. No atreviéndose Luis á exponerse desde luego á una guerra general, se entendió con Guillermo III y estipularon el reparto de la monarquía española (1698), lo cual hizo que Carlos II, indignado porque disponian sin él de su sucesion, nombrase heredero por testamento al príncipe electoral de Baviera. Ahora bien, este príncipe murió y se quedaron solas Francia y Austria. Luis XIV propuso otro reparto, que aceptaron Inglaterra y Holanda; pero Leopoldo no accedió (1700), y entonces el rey cambió de política: el duque de Harcourt, su embajador en Madrid, apela al patriotismo de los españoles, escribe, habla, promete y trabaja tanto y tan bien, que la opinion pública se declara en favor de la Francia. El consejo de Castilla y el papa aconsejan á Carlos II que elija por heredero al duque de Anjòu, nieto del rey de Francia (2 de octubre de 1700).

Sin embargo, Luis vacila: si acepta tiene la guerra, si rehusa reconstituye la casa de Austria, no ya dividida en dos ramas, sino unida como en tiempo de Carlos V. Repartir la sucesion era peligroso, y además Leopoldo no consentiria. En suma, puesto que todas las combinaciones conducian á la guerra, mas valia hacerla por el todo que por una parte. Luis XIV se resolvió, reunió solemnemente á la córte y presentando su hijo exclamó diciendo: « Señores, este es el rey de España. » Y algunas semanas despues le dirigió en su despedida algunas palabras, de las cuales han hecho el dicho célebre: « Ya no hay Pirineos. » El advenimiento de Felipe V fué saludado con transporte por

todos los pueblos de la monarquía. La Europa sintió como una especie de estupefacción: la sorpresa paralizaba la ira.

Empero la guerra era inevitable. La casa de Borbon extendía ahora su dominio desde las bocas del Escalda hasta el estrecho de Gibraltar, desde Otranto hasta Brest. El proyecto de monarquía universal que atribuían á Luis XIV no parecía ya una calumnia, y todo el gran partido inglés



Sala del Consejo en Versalles.

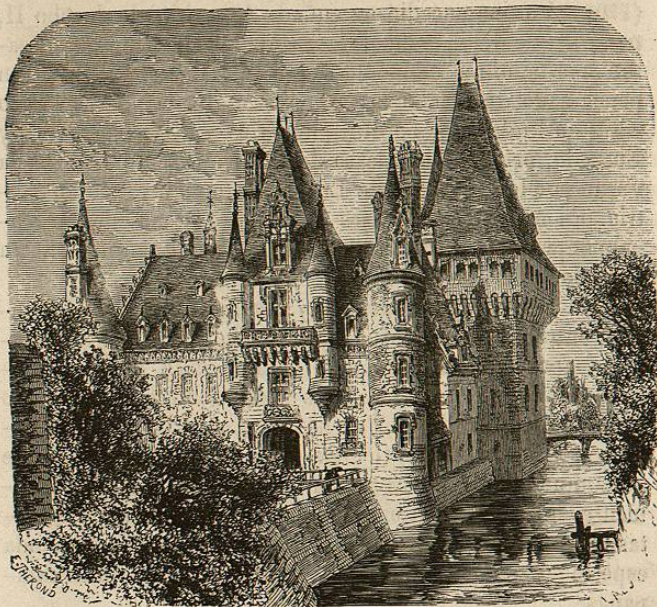
de los whigs pedía la guerra « para poner á salvo la libertad de la Europa y de la humanidad. » Sin embargo, mucho trabajo le habria costado á Leopoldo rehacer la coalicion europea, á no ser por las imprudentes provocaciones del rey, que principió por reemplazar con tropas francesas las guarniciones holandesas de los Países Bajos, y que no contento con molestar así á la Holanda, desafió á la Inglaterra reconociendo á la muerte de Jacobo II á su hijo Jaco-

bo III, lo que constituía una violacion del tratado de Ryswyk (1701). Por último, faltando á sus promesas y obrando contra los intereses de la Francia, reservó al nuevo rey de España todos sus derechos y su rango de herencia en Versalles. Inglaterra y las Provincias Unidas formaron en La Haya una nueva liga, á la que se adhirieron sucesivamente Prusia, el imperio, Portugal y hasta el duque de Saboya, suegro de Felipe V (1701-1703). La muerte de Guillermo III (1702), á quien sucedió su cuñada Ana, hija de Jacobo II, pareció que debía romper la coalicion; pero le reemplazaron tres hombres eminentes, que fueron Heinsio, el gran pensionado de Holanda; Marlborough, jefe del partido whig en Inglaterra, hábil diplomático y bizarro general, y Eugenio, príncipe de la casa de Saboya, nacido en Francia y que por los desdenes de Luis XIV tomó servicio en Austria. En union de intereses y de ideas, y movidos principalmente por su odio comun al rey, condujeron con un acuerdo admirable las operaciones de la guerra.

Y en tanto decaía el gran rey. Dominado por la Maintenon, entregaba el gobierno á los aduladores, no á los hombres capaces. Chamillart, de talento muy inferior, reunía las funciones de Louvois y de Colbert, y el inepto Villeroi reemplazaba á Turena; ni la agricultura ni el comercio habian tenido tiempo de levantarse del terrible golpe que les dió la revocacion del edicto de Nantes; finalmente, la penuria del erario era extremada al cabo de tantas guerras, tantas construcciones y tantos gastos de toda especie: Versalles habia costado mas dinero que diez campañas.

Austria rompió en Italia las hostilidades conquistando el Milanésado. El príncipe Eugenio derrota á Catinat en Carpi (1701) y entra por sorpresa en Cremona; pero es vencido en Luzzara por el duque de Vendome (1702). Villars gana el mismo año su baston de mariscal en Friedlingen, y con la victoria de Hochstedt se abre el camino de Viena, sin que el elector de Baviera, aliado de los franceses, se resuelva á ponerse en marcha (1703). Mas en tanto Marlborough habia desembarcado en los Países Bajos, el archiduque

Cárlos en Portugal, el duque de Saboya hacia traicion á la Francia y se sublevaban los Camisards en las Cévenas. La derrota de Tallard y de Marsin en Hochstedt arroja á los franceses fuera de Alemania (1704); la de Villeroi en Ramillies (mayo de 1706) da á los aliados los Países Bajos; la de Marsin en Turin (setiembre de 1706) entrega á los austriacos el Milanesado y el Piamonte y un año despues



Castillo de Maintenon ¹.

el reino de Nápoles. Tolon se ve amenazado (1707). La Francia, que la Europa creía aniquilada, envía en 1708 á los Países Bajos un magnífico ejército de 100,000 hombres

1. Maintenon es un pueblecillo del país Chartrain, y su castillo se reconstruyó en el siglo xvi. Francisca de Aubigné le compró en 1674 por 250,000 libras y tomó su nombre. Aun pertenece á los herederos de la marquesa.

mandado por Vendome, que sufre una derrota en Udenarde; Lila se rinde despues de la heróica resistencia de Boufflers, la Francia queda abierta y llega hasta cerca de Versailles un cuerpo de holandeses. Al mismo tiempo recibe no menos terribles golpes la España: los ingleses sorprenden á Gibraltar, el archiduque Cárlos entra en Madrid y no obstante la victoria de Berwick en Almansa (1707), puede considerarse dueño de la Península.

Para colmo de desgracia, el horrible invierno de 1709 causa tal miseria, que los lacayos de la casa real piden pan á las puertas de Versailles. Luis solicita la paz pasando por todo, y los aliados le imponen la condicion de que se encargue él solo de arrojar á su nieto fuera de España. «No, contesta Luis XIV, puesto que quieren guerra, la haré á mis enemigos antes que á mis hijos;» y escribe á los ayuntamientos, á los obispos y á los intendentes una carta noble y sencilla, en la cual, despues de exponer lo que habia hecho para obtener la paz, refiere las proposiciones de los aliados. La nacion obró como debia: no obstante la miseria y el hambre, cada cual se despojó de lo poco que le quedaba para enviarlo al tesoro público. Ricos y pobres todos contribuyeron, y Villars pudo inaugurar la campaña con 100,000 hombres, donativo de la Francia. Los soldados no tenian ropa ni calzado, y como tambien les faltaban víveres, el general les hacia ayunar por turno. Tanto heroismo no merecia la derrota de Malplaquet (11 de setiembre de 1709): Villars salió herido gravemente, y Eugenio y Marlborough se posesionaron del campo; pero los franceses no contaron mas de 8,000 muertos, y los aliados tuvieron 20,000, quedándose sin fuerzas para otra campaña. El año siguiente Vendome aseguró el trono de España á Felipe V mediante la victoria de Villaviciosa (1710).

Por los mismos dias el archiduque Cárlos, protegido de los aliados, se hacia emperador de Alemania y dueño de Austria á consecuencia de la muerte de su hermano (1711). Inglaterra y Holanda, que combatian para impedir que reinase en Madrid un príncipe francés, no quisieron seguir combatiendo para que reinase un mismo soberano en Ma-